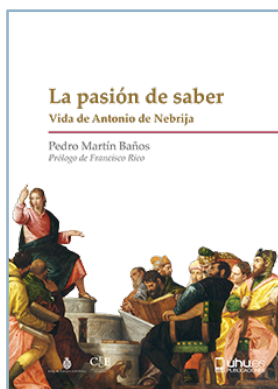


MARTÍN BAÑOS, Pedro, *La pasión de saber. Vida de Antonio de Nebrija*, Huelva, Universidad de Huelva [Biblioteca Biográfica del Renacimiento Español], 2019. ISBN: 978-84-17776-9. 271 págs.

Teresa JIMÉNEZ CALVENTE

Universidad de Alcalá (España)

teresa.jimenez@uah.es



No ha habido que esperar al año 2022 para poder disfrutar, por fin, de una magnífica, y me atrevería a decir que definitiva, biografía de Antonio de Nebrija. Ese año, en que se celebrará el quinto centenario de su muerte, será bendecido por un buen puñado de trabajos y algún que otro congreso dedicado a su figura, lo que sin duda permitirá el avance de nuestros conocimientos sobre el personaje, su obra y su época. A estas alturas sorprende que, a pesar de que Antonio de Nebrija se sitúe junto a Luis Vives, Lope de Vega o Cervantes en la fachada de la Biblioteca Nacional; dé nombre a varios institutos de enseñanza secundaria, a una universidad privada y, por supuesto, a un instituto de investigación del CSIC, su figura no es tan conocida como cabría esperar. Esta misma percepción llevó al padre Félix G. Olmedo a publicar en los años cuarenta una primera biografía del humanista andaluz: *Nebrija (1441-1522). Debelador de la Barbarie, comentador eclesiástico, pedagogo, poeta*. Su prólogo se abría con una reveladora frase: «No tenemos aún (vergüenza da decirlo) una biografía completa de Nebrija» (Olmedo, 1942: 5). Y tenía razón, pues lo que había hasta entonces eran noticias dispersas, entresacadas de algunos prólogos o semblanzas de época; los datos reunidos por Andreas Schott, Nicolás Antonio y algunos eruditos del siglo XVIII, como Juan Bautista Muñoz, autor de un elogio leído en la Real Academia de la Historia, o Ramón Cabrera, que dejó abundantes notas manuscritas como material previo a la elaboración de una biografía que nunca llevó

a cabo¹. Con enorme honestidad, el padre Olmedo, tras un meritorio esfuerzo, bastantes hallazgos, algunas inexactitudes y, como de costumbre en él, una prosa ágil y muy eficaz, cerraba su obra con la siguiente conclusión: «Como ve el lector, no es este el libro que están pidiendo a voces la vida y la obra de Nebrija: ni yo he pretendido que lo sea» (Olmedo, 1942: 237). Un par de años después, Olmedo volvió a la carga con otra obra fundamental, su *Nebrija en Salamanca*, donde reunió los documentos que atestiguaban el paso de Nebrija por la universidad en la que estudió y ejerció como profesor gran parte de su vida.

Olmedo advirtió entonces de que estas dos monografías no eran sino un primer acercamiento, pues Nebrija merecía mucho más. Estudiar a fondo a Nebrija requería entonces, al igual que ahora, una labor callada y minuciosa en los archivos para ir descubriendo poco a poco retazos de esa vida cotidiana que también atrapa a los grandes hombres: los pleitos, las relaciones con las instituciones, las compras y ventas de bienes, los contratos, etc., que lo sitúan en diferentes escenarios y arrojan datos sobre su manera de vivir o incluso sobre sus preocupaciones más mundanas.

Y si la biografía de Nebrija resultaba escurridiza a comienzos de los años cuarenta, no lo era menos su extensa y dispersa producción literaria. Olmedo ya lo dejaba caer en las breves indicaciones bibliográficas con que cerraba su libro, donde reunía algunos datos que había ido extrayendo de los trabajos de Pedro Lemus y Rubio, Nicolás Antonio y del *Gesamtkatalog der Wiegendrucke*. Unos años después, Antonio Odriozola vino a paliar en gran medida esa enorme carencia con su mítico trabajo «La caracola del bibliófilo nebricense o la casa a cuestras para navegar por el proceloso de sus obras. Extracto seco de bibliografía de Nebrija en los siglos XV y XVI», impreso como artículo en 1946 y más tarde como libro. Ese catálogo ha sido hasta hace muy poco fundamental, pues ni siquiera la *Bibliografía Nebricense*, preparada por Miguel Ángel Esparza y Hans Jozef Niederehe, solucionó por completo el embrollo.

Con un ligero goteo de buenos artículos y libros en la segunda mitad del siglo XX y el impulso dado a los estudios nebrisenses en 1992 (se cumplía el quinto centenario de su *Gramática de la lengua castellana*), estas dos lagunas, la biográfica y

¹ *Apuntes sobre la vida y la obra de Antonio de Nebrija*, Biblioteca Nacional de España, MS. 8470. La atribución a Cabrera se la debemos precisamente a Pedro Martín Baños, que, con un curioso guiño al pasado, le dedica libro.

la bibliográfica, se han ido rellenando. Desde entonces para acá, aquellos que tenemos interés por Antonio de Nebrija estamos en deuda con dos importantes proyectos: los *Aelii Antonii Nebrissensis Grammatici Opera*, que edita la Universidad de Salamanca bajo la dirección de Carmen Codoñer (por el momento han publicado 8 títulos), y el indispensable *Corpusnebrissense*, una página web de consulta obligada para todo aquel que se interese por Nebrija y su obra, creada y alimentada por Martín Baños, a quien también debemos un indispensable *Repertorio bibliográfico de las Introducciones Latinae*.

En este libro y varios artículos, Martín Baños ya adelantó un buen puñado de documentos que sacaban a relucir aspectos no tan conocidos de la biografía y obra de Nebrija. A él se le debe, por ejemplo, la recuperación de la *Malleoli Ascalaphi Cisterciensis Ordinis Commodatarii uita*, una biografía burlesca de su primogénito, Marcelo de Nebrija (Martín Baños, 2011). Por tanto, nadie mejor pertrechado que él para escribir la biografía que Nebrija estaba reclamando a voces. Pese a lo que dice su autor, no estamos sólo ante una «biografía de hechos», en la que estos se ordenan de forma cronológica (no de forma temática, como hizo Olmedo). Esta biografía va mucho más allá, pues se convierte en un libro excelente para recomponer la vida social y el mundo intelectual en que se movió el humanista andaluz.

Todo comenzó en Lebrija en 1444 (es increíble hasta qué punto afina el autor de esta biografía para localizar el solar exacto en que estuvo la casa en que nació don Antonio). De ese modo, de un plumazo, se zanja una discusión prolongada en el tiempo sobre la fecha exacta de su nacimiento y 1441 queda definitivamente fuera. Para ello, nada mejor que ir de la mano del propio humanista y contrastar los datos que él ofrece sobre sí mismo en la semblanza con que abre su *Vocabulario español-latino* con los documentos, y aquí llega la primera sorpresa: como muchos otros intelectuales de su época, ávidos de fama y honores, Antonio Martínez de Cala o simplemente Antonio de Cala o, de modo mucho más sencillo, Antonio de Lebrija (es difícil saber qué nombre tuvo entre sus convecinos), maquilló ciertos hechos de su propia vida; entre ellos, su estancia en Italia que, con los documentos a la vista, no se prolongó diez años, como él mismo asegura.

De la mano de Nebrija y gracias a la minuciosidad con que espiga los datos Martín Baños, el lector de este libro va a descubrir de una manera viva y directa la vida intelectual que se respiraba en la Universidad de Salamanca, en Bolonia y en otras ciudades de España en las que vivió Nebrija. Este llegó a Salamanca en 1458 y allí, como un estudiante más, lo vemos ganarse algún dinero como pendolista o copista de manuscritos, una tarea en la que también destacó Hernando de Talavera,

otro egregio personaje del momento. Sorprende comprobar quiénes poblaban o habían poblado recientemente las aulas salmantinas: a Talavera se suman Francisco de Cisneros, Alonso de Madrigal el Tostado, Juan de Torquemada o Pedro Martínez de Osma, a quien el propio Nebrija cita en su semblanza autobiográfica. Seguramente, gracias a Osma, entonces un joven profesor de Filosofía Moral que abogaba por un contacto más directo con los textos, Nebrija se acercó por vez primera a Bruni y sus traducciones latinas de Aristóteles. La semilla estaba plantada y, con el grado de bachiller en Artes en su bolsillo, un Nebrija curioso y ambicioso por naturaleza puso sus miras en el Colegio de los Españoles de Bolonia para cursar Teología. Aquí es donde comienza el baile de fechas: Nebrija había concluido sus estudios hacia 1463 y su nombre no aparece inscrito entre los nuevos bolonios hasta 1465. Esos dos años en blanco (1463-1465) así como los otros dos que sucedieron tras la muerte de Fonseca en 1473, a cuyo servicio estuvo desde su vuelta de Italia en 1470, tienen una explicación plausible gracias a las pesquisas de Martín Baños. Este nos habla de los largos trámites necesarios para conseguir una beca, lo que explica el primer lapso de tiempo; también nos aclara que su estancia junto al arzobispo de Sevilla se desarrolló en Coca (Segovia); a la muerte de este en 1473, es posible que Nebrija se trasladase a Sevilla (una hipótesis muy bien sustentada) junto a su pupilo joven Rodrigo de Fonseca, sobrino del arzobispo difunto, a quien sirvió hasta 1475, momento en que el joven Fonseca abandonó Sevilla. No hay nada seguro, pero la hipótesis es creíble.

A partir de aquí, el rastro documental es mejor conocido, pero no por ello las páginas que siguen son menos jugosas: las idas y venidas de Nebrija, su implicación en la docencia, el mercadeo en las plazas o los apaños entre estudiantes y profesores nos meten de lleno en la vida universitaria del maestro, que no logró dicho grado, por sorprendente que parezca, hasta 1484. El matrimonio cambió, desde luego, el camino que se había trazado (no hay que olvidar que Nebrija iba para teólogo). Con al menos cinco hijos (Marcelo, Antonio, Sebastián, Sancho y Fabián) y una esposa a cargo, dado lo exiguo de su salario como profesor en Salamanca (por no decir nada del poco tiempo que le quedaba para el estudio), no es de extrañar que Nebrija buscase un mejor acomodo, lo que le llevó en 1487 junto a Juan de Zúñiga, maestro de la Orden de Alcántara. Este periplo extremeño ya había sido explorado por el autor del libro en varios trabajos previos, por lo que aquí rescata los datos más interesantes. En estas páginas, la vida, con el nacimiento de sus hijos, y las obras de Nebrija caminan a la par y se ofrecen detalles interesantes sobre los títulos, sus ediciones y la pronta relación del humanista con la imprenta. Da la impresión de que

Nebrija tenía buen olfato para los negocios, un espíritu emprendedor y una acuciante necesidad de proveer a su numerosa familia, razones más que suficientes para explicar su estrecha colaboración con los primeros talleres en Salamanca, Logroño, Sevilla o Alcalá de Henares.

Tras la muerte de Zúñiga y el regreso a las aulas en Salamanca, hechos bien conocidos desde tiempo atrás, se nos revelan ahora datos muy interesantes sobre la relación de Nebrija con la Inquisición a cuenta de sus comentarios bíblicos, quizá uno de los aspectos menos tratados por la crítica a pesar de su interés. Martín Baños ofrece una secuencia creíble de los hechos y describe los avatares de una obra absolutamente novedosa en la España del momento por su formato y contenido: sus *Annotationes in Sacras Litteras* o *Quinquagena*, una breve miscelánea en que prometía aclarar cincuenta pasajes difíciles de las Escrituras. Todo comenzó en Zalamea, donde los reyes llegaron con su corte en 1502. Allí, Nebrija mostró sus trabajos bíblicos o simplemente habló de ellos. Sus interlocutores fueron el inquisidor fray Diego Deza, que pidió que le enviase la obra para examinarla con profundidad, y Francisco de Cisneros, que ya por entonces pensaba reunir a un grupo de estudiosos en esa suerte de academia bíblica que, según sus biógrafos, había organizado en Toledo. No es seguro que Nebrija se desplazase entonces a Toledo, ya que, aunque su nombre aparece citado por Alvar Gómez de Castro entre los primeros miembros de ese círculo de biblistas cercano a Cisneros, la memoria es a veces «fallecedera», pues tampoco es seguro que Hernán Núñez, el Comendador griego, estuviese allí desde el primer momento (probablemente estuviera en Granada al lado del Gran Tendilla o tal vez en Roma).

Nebrija envió su opúsculo a Deza, quien debió de dejarlo sepultado en algún cajón, pues nada se supo de él hasta que en septiembre de 1506 sonaron campanas sobre su publicación. Esto llevó al inquisidor a escribir una dura carta conminatoria (transcrita por Martín Baños) al humanista prohibiendo su publicación y exigiendo la remisión de todos los ejemplares y copias de la obra. Es posible que se le incoara un proceso inquisitorial, al que Nebrija contestó con su famosa *Apologia*, que publicó, a toro pasado, en 1507 con la promesa de incluir además su comentario a algunos de esos cincuenta pasajes bíblicos, aunque al final no se atrevió a tanto. Que Nebrija enseñó su obra a Cisneros en enero de 1506 en Salamanca lo dice él mismo en una carta que diez años después imprimió como preludeo de su *Tertia Quinquagena*, la tercera versión de su obra sobre exégesis bíblica (la primera fue la que mandó a Deza y la segunda la que no llegó a publicar en Logroño), que apareció ya en Alcalá de Henares.

En medio de todas estas idas y venidas y a pesar de los enormes esfuerzos realizados por conocer mejor las relaciones entre Nebrija y Cisneros, sigue sin estar demasiado claro el grado de implicación de Nebrija en el magno proyecto de la Biblia Poliglota. Martín Baños apuesta por que Nebrija fue uno de los primeros colaboradores, desde aquella reunión en Zalamea de 1502; así, lo sitúa en La Rioja en busca de manuscritos; luego, en 1508, en Alcalá, donde acudió con su hijo Fabián, uno de los primeros colegiales en acceder al Colegio de San Idelfonso. Sin embargo, Nebrija se retiró y no volvió a sumarse al proyecto hasta 1513, cuando los trabajos estaban ya muy adelantados.

Por lo general, se ha aceptado que Nebrija, como apunta en su *Apología* y, más tarde, en una carta enviada al propio cardenal Cisneros, proponía una corrección completa y en profundidad de la Vulgata de San Jerónimo a partir de los ejemplares hebreos (la famosa *hebraica ueritas*) y los testimonios griegos, cosa que no entraba en los planes del franciscano, que aspiraba a ofrecer una buena edición de la Vulgata a partir de los testimonios latinos: para él, como indica en el prólogo al primer volumen de la *Poliglota*, el texto de san Jerónimo debía lucir espléndido en el centro de cada página del Antiguo Testamento acompañado de los testimonios griego y hebreo a cada lado, como Jesús en la cruz y los dos ladrones. ¿Estaba en la mente de Nebrija ir tan lejos y cambiar por completo el texto latino como proponía Erasmo, quien abogaba por una nueva edición más fiel a los originales hebreos y más eficaz desde un punto de vista retórico?

Como ya he expuesto en otra ocasión, hay que contextualizar mejor esas discrepancias de criterios y revisar a fondo el conjunto de la obra bíblica y gramatical de Nebrija (Jiménez Calvente, 2016). Algo adelantó Ángel Sáenz Badillos en *La filología bíblica en los primeros helenistas de Alcalá*, un título que convendría añadir a la magnífica bibliografía que ofrece Martín Baños. Es seguro que hubo un cierto desacuerdo que no supuso la ruptura definitiva entre el maestro y Cisneros. Cabe incluso suponer que Nebrija abandonase el proyecto cuando los trabajos de la Poliglota habían comenzado a intensificarse (ca. 1508-1509) y él recibió el nombramiento de cronista regio. El ritmo de trabajo debió de ser frenético (así lo declara Juan de Vergara en alguna carta) y era preciso trabajar en equipo con unos criterios muy claros y definidos.

Nebrija, amante de las palabras y al que le gustaba demorarse en los detalles, proponía algunos cambios en el texto de la Vulgata a la luz de los testimonios en las otras lenguas bíblica, aunque da la impresión de que dichos cambios afectaban a

términos muy específicos, muchos de ellos poco comprensibles por ser transliteraciones del griego y el hebreo o por ser oscuros en el propio latín. Cada uno de esos cambios habría necesitado, en opinión de Cisneros, un largo comentario y una no menos larga justificación, como los que ofrece el maestro en su *Quinquagena* o adelantada en su *Apologia*. La Poliglota no iba de eso. El cardenal pretendía enfrentar los textos en sus respectivas lenguas; en el Antiguo Testamento, se ofrece incluso una traducción yuxtalineal, seguramente preparada por Juan de Vergara. En cualquier caso, la Vulgata se editaba *per se*, a partir de los viejos manuscritos latinos. Los glosarios y demás material complementario de los volúmenes V y VI resolverían las dudas (basta ver el caso del famoso *aurichalco* y su versión griega *chalco libano* en Apoc. 1, 15, que Nebrija abordó en su *Apologia* y aparece resuelto en el léxico griego del volumen V). Como se indica en el prólogo inicial de la biblia, cada uno debía leer con detenimiento, mirar a derecha e izquierda ayudado por las letras voladas que remiten a las diferentes lenguas y, sobre todo, dominar las distintas lenguas sagradas para no llamarse a engaño. Así las cosas, quienes realmente tenían interés podían comprobar por sí mismos los errores y apreciar las diferencias.

Cuando Nebrija regresó finalmente a Alcalá de Henares en septiembre de 1513, todo debía estar ya muy avanzado y el trabajo se centraba entonces en los léxicos e *interpretationes*. Estaba a punto de cumplir los 70 y, en muchos de sus estudios, se había preocupado por los problemas gramaticales de transliteración (ortografía), prosodia y comprensión del léxico hebreo o griego que aparecía por aquí y por allí en la biblia. Por ese motivo, había entresacado algunas de esas palabras «raras» para su *Quinquagena* y, por ese motivo también, tenía preparado una especie de léxico o vocabulario con términos bíblicos que quedó entre sus papeles a su muerte. En esto se cifra su colaboración final dentro del proyecto de Cisneros, que se deja sentir en los léxicos; en especial, conviene reparar en los *Nomina que in utroque testamento vicio scriptorum sunt aliter scripta quam in hebreo et greco et in aliquibus bibliis nostris antiquis*, justo al final de las *Interpretationes Hebraicorum, Chaldeorum Grecorumque nominum veteris ac noui Testamenti* del volumen VI.

En definitiva, Nebrija fue un gramático e incluso mostró interés por dos parcelas de esa disciplina a primera vista poco lucidas: la ortografía e incluso la fonética o prosodia (su *De corruptis Hispanorum ignorantia quarundam litterarum vocibus*, convertido más tarde en el *De ui et potestate litterarum*, es un ejemplo de ello. Lo mismo ocurre con su *Repetitio tertia de peregrinarum dictionum accentu*, que envió personalmente a Cisneros en 1513 para que se la hiciese llegar a sus colaboradores en la biblia). También ocuparon sus días el estudio del léxico (que evoluciona sin

parar) y, a partir de ahí, la sintaxis. La gramática fue la herramienta que empleó para conocer el mundo: pasar de los libros al estudio de la realidad más inmediata fue su forma de actuar, y así lo encontramos buscando las equivalencias de las medidas y de los pesos romanos o echando mano de sus recuerdos infantiles para identificar el *porphirio* con el calamón (*Tertia Quinquagena XXXV*) o para concluir que el *onocrotalus* era un pelícano (*Tertia Quinquagena XXXII*).

Esta excelente biografía de Nebrija aborda esta y otras muchas cuestiones que van más allá de una fría acumulación de datos. Estos siempre se reinterpretan y se contextualizan sin dejar nada en el aire. Y no, Nebrija no fue un judío converso, como se explica en la *Primera coda*; tampoco tuvo nunca una hija llamada Francisca de Nebrija que le ayudase en sus clases, como se aclara en la *Segunda coda*, donde por fin se desenreda la madeja de cuántos hijos tuvo Nebrija y quiénes fueron. Pero lo más importante es que esta biografía abre el camino para pesquisas futuras sobre el Nebrija poeta, el Nebrija biblista o, en definitiva, el Nebrija gramático, que aún reserva numerosas sorpresas a los estudiosos. A todas luces, estamos ante un libro imprescindible para seguir descubriendo a Nebrija.

OBRAS CITADAS

- ESPARZA, Miguel Ángel y NIEDEREHE, Hans Jozef, *Bibliografía Nebrisense: Las obras completas del humanista Antonio de Nebrija desde 1481 hasta nuestros días*, Ámsterdam-Filadelfia, John Benjamins, 1999.
- JIMÉNEZ CALVENTE, Teresa, «*Quidnam heres stupidusque manes?* La Biblia en manos de los *grammatici*: el caso de Nebrija y otros eruditos complutenses», en *La Biblia Poliglota complutense en su contexto*, ed. de M. Alvar, Alcalá de Henares, 2016, págs. 223-243
- MARTÍN BAÑOS, Pedro, «Estudio, edición y traducción de un inédito burlesco de Antonio de Nebrija», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos*, 31.2, 2011, págs. 255-291.
- , *Repertorio bibliográfico de las Introducciones Latinae de Antonio de Nebrija (1481-1599)*, Pontevedra, Academia del Hispanismo, 2014.
- ODRIOZOLA, Antonio, «La caracola del bibliófilo nebrisense o la casa a cuevas para navegar por el proceloso de sus obras. Extracto seco de bibliografía de Nebrija en los siglos XV y XVI», *Revista de Bibliografía Nacional*, 7, 1946, págs. 1-114. Reimpreso como libro *La caracola del bibliófilo nebrisense. Extracto seco de bibliografía de Nebrija en los siglos XV y XVI*, Madrid, CSIC, 1947.
- OLMEDO, Félix G., *Nebrija (1441-1522). Debelador de la Barbarie, comentador eclesiástico, pedagogo, poeta*, Madrid, Editora Nacional, 1942.
- , *Nebrija en Salamanca*, Madrid, Editora Nacional, 1944.
- SÁENZ BADILLOS, Ángel, *La filología bíblica en los primeros helenistas de Alcalá*, Estella, Verbo Divino, 1990.